

www.elboomeran.com

EDUARDO HALFON
SATURNO



JEKYLL & JILL

ZARAGOZA 2017

El único modo de salvarse
del abismo es mirarlo y medirlo
y sondarlo y bajar a él.

CESARE PAVESE

SUS CARTAS, PADRE, me llegaban un par de veces cada año. Yo estaba lejos en la universidad, pero usted estaba aún más lejos de mí. Al inicio, ingenuo, yo abría el sobre con una emoción contenida. Y siempre, sin falta, hallaba un papel doblado en tres. Un solo papel con el membrete de su empresa. Mal doblado, por prisa, supongo. Buscando sus palabras, padre, necesitándolas, lo desdoblaba con ansia. Y como una hoja seca hamaqueándose en la brisa, lento, el cheque caía hacia el suelo. Yo lo dejaba allí, casi olvidado a la par de mis pies, pues lo que realmente me interesaba no era su dinero, padre, sino sus

palabras. Ingenuo, buscaba sus palabras. Y en medio del papel, escrito en tinta negra, encontraba yo siempre lo mismo: su nombre. Nada más. Sólo su nombre, firmado con prisa. Una palabra. Sólo una palabra. El padre es un nombre.

Quizás por eso escribo, o mejor dicho, quizás por eso necesito escribir.

Al sepelio de Klaus Mann sólo llegó Michael, su hermano menor, cargando en la mano derecha un misterioso estuche. Era el verano de 1949. Su padre había recibido el Premio Nobel de Literatura veinte años atrás.

Como había escrito en su ensayo *Selbstmörder*, en donde narraba con «envidia tan amarga» los suicidios de varias personas que él había conocido, Klaus mismo decidió, por segunda vez, terminar su vida. Su primer intento había ocurrido diez meses antes, en California, cortándose las venas de ambas

muñecas, tomando pastillas y respirando gases tóxicos. Pero fracasó. Supuesta causa: las infidelidades de su amante, un joven marino. En su segundo intento, mientras pasaba las vacaciones en Cannes, ingirió exitosamente una dosis letal de somníferos.

(Bellos durmientes: Jack London en su granja aún famosa en California; Malcolm Lowry con barbitúricos y alcohol; R. H. Barlow también con barbitúricos, en México, tras dejar escrito en la puerta, en pictografías mayas, «No me molesten, quiero dormir largo rato»; Ryūnosuke Akutagawa, el padre del cuento japonés, también con barbitúricos, a los treinta y cinco años, porque sentía que estaba viviendo, dejó escrito, «en un mundo de nervios mórbidos, diáfanos y fríos como el hielo»; Alejandra Pizarnik, antes de su perpetuo sueño, escribió con yeso «no quiero ir nada más que hasta el fondo»; el

colombiano Andrés Caicedo ingirió sesenta pastillas de secobarbital el mismo día que recibió el primer ejemplar de *¡Que viva la música!*, su única novela; la poeta estadounidense Sara Teasdale tomó veronal para dormirse eternamente en su tina; Stefan Zweig, también con veronal, en los brazos de su esposa, en su cama, en el exilio, en Brasil.)

Thomas y Katia Mann se enteraron de la muerte de su hijo al bajarse del avión en Suecia. Venían de Londres, donde recién le habían otorgado al ya famoso novelista alemán un doctorado honoris causa de la Universidad de Oxford. «El mago», como le decían sus hijos, rehusó cancelar el resto de sus conferencias para asistir al entierro de su primogénito.

¿Asistiría usted al mío, padre?

En una carta a Hermann Hesse, escrita poco tiempo después del funeral, Thomas

Mann le admite que la relación con su hijo había sido «difícil y no sin sentimientos de culpa, pues mi sola existencia proyectó una sombra sobre él desde el inicio». Tenía razón. A pesar de que Klaus escribió prolíficamente desde la adolescencia, sus obras jamás alcanzaron el nivel estético ni la aceptación pública de las de su padre, quien se encargaba de señalárselo. «Tu cama ha sido tendida», le escribió en una ocasión, aludiendo a la herencia literaria con la cual había nacido.

Y Klaus lo sabía. «Me juzgan como el hijo de mi padre», anotó en sus memorias.

Si Klaus Mann, quien fue bautizado con el mismo nombre del héroe de la segunda novela de su padre (¿podría ser más evidente su lastre literario?), sufrió de una figura paterna demasiado presente, de una sombra cuya oscuridad lo terminó opacando, yo, padre, sufro por su ausencia. A pesar de que

nos mirábamos casi a diario, no recuerdo la última vez que usted estuvo conmigo. Dirigirse la palabra, padre, no es hablar. Sentarse a comer juntos no es estar juntos. Manteníamos una relación civil porque nuestra diplomacia así lo requería, porque no teníamos el valor para admitir nuestra creciente desidia, nuestro fracaso. Nos ignorábamos. Su presencia sólo la percibía cuando me insultaba. Como un bicho, usted me insultaba. ¿Lo recuerda, padre? Siempre me fue incomprendible su completa frialdad hacia el sufrir y la vergüenza que podía causarme con sus palabras y condenas.

Haz de tu arte una sola confesión, aconsejaba Goethe (y luego Mann, padre).

En gira con la Sinfónica de San Francisco, Michael Mann sorprendió a todos cuando entró al cementerio francés. Era una tarde nublada de mayo. El féretro de su hermano